

Domingo III de Cuaresma

Ciclo C

“Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”

Lucas 13, 1-9



Éxodo 3, 1-8a.13-15 • “«Yo soy» me envía a vosotros”

Salmo 102 • “El Señor es compasivo y misericordioso”

1 Corintios 10,1-6.10-12 • “La vida del pueblo con Moisés en el desierto fue escrita para escarmiento nuestro”

Lucas 13, 1-9 • “Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”

Reflexión y oración

*Ven, Espíritu Santo, luz y gozo
Amor, que en tus incendios me abrasas:
renueva el alma de este pueblo
tuyo que por mis labios canta tu alabanza.*

*En sus fatigas diarias, sé descanso;
en su lucha tenaz, vigor y gracia,
haz germinar la caridad del Padre,
que engendra flores y que quema zarzas.*

*Ven, Amor, que iluminas el camino, compañero divino de las almas:
ven con tu viento a sacudir al mundo,
ven a abrir nuevos senderos de esperanza. Amén.*

- La pido a Dios que ilumine mi vida con su Espíritu para que me anime y me empuje a la conversión de la que nos habla hoy la Palabra de Dios.
- En el camino hacia la Pascua, a lo largo de la cuaresma, de distintas maneras se nos invita a la conversión para identificarnos más con Jesucristo.
- ¿De qué me tengo que convertir? O mejor ¿de qué quiere Dios que me convierta para parecerme mejor a Jesús?
- La Palabra de hoy nos habla de dar frutos, Al cristiano se le pide que dé frutos acordes con el Evangelio. El árbol que no da fruto es un estorbo para el agricultor. Nosotros podemos ser un estorbo para los planes de Dios.
- ¿Qué frutos me pide Dios que dé en mi vida? ¿Tengo conciencia de que Jesús intercede por mí, como el viñador intercede delante del dueño del campo?
- Llamadas.
- Oro a partir de todo lo que he descubierto y contemplado.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- El relato de este domingo sólo se encuentra en el Evangelio de Lucas.
- Pero la idea de fondo de la urgencia de la conversión la encontramos en otros textos de los Evangelios. Conversión tan central en este tiempo de la cuaresma, que no es otra cosa que una incorporación más plena a Cristo.
- Toda la Biblia, toda la Palabra de Dios, toda la Historia de Salvación, es una llamada permanente a la conversión.
- El tema de conversación es central en las palabras que Jesús mantiene hoy con las personas que se le acercan. A veces, hoy también, hay quien ante una desgracia señala como si ese daño hubiese sido causa del mal comportamiento de las personas.
- A Jesús le presentan dos episodios violentos a partir de los cuales Jesús dice que no son sólo culpables los que sufren la desgracia sino todos: los galileos (2) y los habitantes de Jerusalén (4). Por tanto hay que entrar por el camino de la conversión.
- Jesús nos dice también que no hay que mirar las desgracias como consecuencias inmediatas de actuaciones incorrectas, Él nos dice que todos tenemos necesidad de conversión. Todos somos pecadores (5).
- La parábola del viñador que nos ofrece Jesús refuerza la advertencia sobre la necesidad de la conversión (6). Todos tenemos un tiempo en nuestra vida propicio para la conversión y que no debemos despreciar. Como en el caso de la higuera, a nosotros se nos ha dado un tiempo para convertirnos.
- Dios en este tiempo de cuaresma nos llama a la conversión.
- El viñador intercede por la higuera. La higuera es el símbolo del pueblo de Dios, el símbolo de la Iglesia, el Nuevo Israel (8).
- A pesar de los años que lleva la higuera sin producir el viñador intercede por ella, recibirá nuevos cuidados, se le ofrecerán nuevas oportunidades.
- Jesús es ese viñador que intercede ante Dios por nosotros.
- Jesús aboga por la esperanza.
- Es un peligro el pesimismo, ahora precisamente abunda bastante entre los cristianos.
- Aquí aparece lo que es una nota dominante del Evangelio de Lucas: La misericordia de Dios, que vemos en otros muchos pasajes como en el Buen Samaritano (10,25), el Hijo Pródigo (15,11), el encuentro con Zaqueo (19,1), el buen ladrón (23,43)...



Señor, déjala todavía este año...

Señor Jesús, Tú eres el viñador.
Tú te ocupas y preocupas de nosotros,
nos mimas como el labrador cuida de su campo
para que dé fruto abundante.

Nosotros somos la higuera,
capaz de dar frutos sabrosos y abundantes
sabiendo que a veces,
puede también darse el caso,
que sus frutos sean nulos o escasos.

Tú, Señor Jesús,
eres nuestro intercesor,
como el viñador que reclama paciencia y
misericordia.

Es esta una constante,
sobre todo en el Evangelio de san Lucas
con sus parábolas tan impactantes
como la del "hijo pródigo" o mejor
"del padre misericordioso".

Efectivamente, "el Señor es misericordioso...
lento a la ira y rico en clemencia, no nos trata como
merecen nuestros pecados..."

Ya sé, Señor Jesús,
que tengo que procurar ser fiel, cumplir,
observar los mandamientos, seguirte de cerca...
ya sé que debemos mostrar todo tu Evangelio,
toda tu doctrina, tu forma de ser, tu Proyecto.

Por experiencia sé que, muchas veces,
consigo ser fiel cumplidor
aunque sea de lo poco y que en ocasiones no lo
consigo. Esa es la realidad.

Pero también sé, Señor Jesús,
que por encima de todo Tú eres perdón y
misericordia.

Yo sé, Señor Jesús, que Tú perdonas
y que Tú vas detrás de la "oveja perdida",
dejando las noventa y nueve.

Si Tú eres así, también tu Iglesia ha de parecerse,
trabajando por asemejarse a Ti
y nosotros, tus seguidores,
estamos llamados a ser misericordiosos
como Tú lo fuiste.
Bien es cierto que sin rebajar tus exigencias,
ni disminuir tu Evangelio.

Señor Jesús,
gracias porque con tu vida nos muestras
la manera de ser de Dios.
Ayúdanos a ser compasivos y misericordiosos.
Haz que toda tu Iglesia se parezca a Ti
por su manera de perdonar,
de mostrar de mil formas que Dios es perdón.

Como el viñador reclama paciencia, Señor Jesús,
que la paciencia no nos falte nunca
en nuestra trabajo apostólico.

Paciencia necesitamos con los niños y los adultos,
paciencia con los jóvenes
y con los que vienen ocasionalmente,
paciencia con nuestros superiores e iguales
y sobretodo con nosotros mismos.

También nosotros estamos tentados,
como en la parábola, a cortar,
porque creemos que estamos perdiendo el tiempo.
Tú en cambio nos pides que tengamos en cuenta la
recomendación del viñador:
"Señor, déjala todavía este año;
yo cavaré alrededor y le echaré estiércol,
a ver si da fruto.
Si no, el año que viene la cortarás".





VER

En pocas semanas he tenido conocimiento de problemas que están sufriendo varias personas de mi entorno: enfermedades graves, conflictos familiares muy serios, otras circunstancias repentinas que afectan dolorosamente a las personas... Esto provoca, en quienes pasan por esas situaciones, que se pregunten ‘¿por qué?’. Pero esta pregunta, a menudo no tiene respuesta, y se cae en el fatalismo y la desesperanza. Y lo mismo ocurre con los grandes problemas mundiales: están ahí, millones de personas los sufren, pero la pregunta de ‘¿por qué?’ no encuentra una respuesta satisfactoria y, lo que es peor, tampoco se les ve vías de solución o, por lo menos, de avance.



JUZGAR

Es lógico que, ante el dolor, el sufrimiento, propio o ajeno, nos preguntemos ‘¿por qué?’ y busquemos respuestas y, si podemos, busquemos culpables. Pero es muy común que no encontremos una causa concreta o un culpable para esas situaciones. Es lo que Jesús ha dicho en el Evangelio, cuando *“se presentaron algunos a contar lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían”*; y lo que Jesús añade al referirse a *“aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató”*. La gente buscaba explicaciones, ‘culpables’, pero Jesús les responde: *“¿Pensáis que eran más pecadores que los demás...? Os digo que no”*. Hay cosas malas que ‘ocurren’, que nos sobrevienen, sin más, sin que sean consecuencia de algo que nosotros o los demás hemos hecho.

Y esto lleva, también muy a menudo, a otras preguntas: ‘¿Y por qué Dios no hace nada? ¿Por qué no lo ha evitado? ¿Por qué no me saca de ésta? ¿Por qué no me cura o cura a esta persona?’. Y, como tampoco para esta pregunta hay una respuesta clara, surge la desesperanza y, al final se acaba negando la existencia de Dios o abandonándolo porque nos parece que no nos hace caso.

Pero, como hemos escuchado en la 1ª lectura, Dios no es indiferente al dolor y sufrimiento: *“He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas... conozco sus sufrimientos... He bajado a librarlo de los egipcios”*. Bajó entonces por medio de Moisés, siguió bajando por medio de diferentes miembros de su pueblo, y finalmente bajó Él mismo en su Hijo hecho hombre, que murió y resucitó por nosotros y por nuestra salvación, para librarnos de la desesperanza que provoca el dolor y el sufrimiento.

De ahí la llamada de Jesús: *“Si no os convertís, todos pereceréis...”* La Cuaresma es el tiempo para ‘convertirnos’, para confiar más en este Dios que no nos protege del sufrimiento, que no responde a nuestros ‘¿por qué?’ sino que se mete con nosotros en medio del sufrimiento para que, por su muerte y su resurrección, encontremos en Él nuestra fuerza y esperanza.

Cuando, como es lógico ante el sufrimiento, nos preguntemos ‘¿por qué?’, podemos tener presentes las palabras del Papa Francisco en la Bula de convocatoria del Jubileo: «La vida está hecha de alegrías y dolores, el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Cristo murió, fue sepultado, resucitó, se apareció. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte».



ACTUAR

¿Estoy atravesando alguna situación de especial sufrimiento? ¿Me pregunto y pregunto a Dios ‘por qué?’ ¿Me desespero? ¿Siento la necesidad de convertirme a este Dios que padece con nosotros?

En Cuaresma se nos recuerda especialmente que «la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús». Aprovechemos este tiempo para que la oración individual y comunitaria, la Eucaristía, el Sacramento de la Reconciliación... sean para nosotros verdaderos momentos fuertes de conversión que alimenten nuestra fe y nuestra esperanza en Jesús, muerto y resucitado

Los ‘¿por qué?’ seguirán a menudo sin respuesta, pero «nosotros, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él».